

de reinar en lugar de sus amos, les reconocía la personalidad humana y destruía el fundamento de la esclavitud. Este era un germen que más adelante había de desarrollarse con los progresos de la civilización. La poesía, ese órgano de la belleza y del bien, fué el intérprete de los nuevos sentimientos. En el teatro de Atenas se oyeron reclamaciones en favor de la igualdad (1).

Todavía había en Grecia una protesta contra la esclavitud más elocuente que la de la religión y de la poesía. El hecho universal de la esclavitud había dominado la profunda razón de Aristóteles; sin embargo, había algunas comarcas griegas, los Focidios y los Locrios de Italia, entre las cuales no existía la esclavitud (2). Pero, cosa singular y que prueba cuán íntimamente relacionada estaba la esclavitud con el orden social de la antigüedad, este hecho pasó desapercibido; la posteridad se ha hecho cargo de él como de un testimonio de la igualdad humana que existía hasta en el seno del régimen de la desigualdad.

(1) Véase más adelante, libro VII, c. 3, § 5, 6.

(2) ATHEN., VI, 86.

LIBRO CUARTO.

LAS HEGUEMONÍAS.

CAPITULO I.

ESPARTA.—PRIMERA HEGUEMONÍA DE ESPARTA.

§ I.—Consideraciones generales sobre Esparta y su derecho de guerra.

Esparta ha tenido una suerte singular. En la antigüedad, Licurgo fué venerado lo mismo que los dioses; la república que organizó era mirada como una obra inimitable; su legislación fué la admiración de los filósofos y de los historiadores (1). Platon, al trazar el ideal de un Estado, tenía ante sus ojos las instituciones lacedemonias. La sociedad de Pitágoras tenía igualmente puntos de semejanza con el tipo de la ciudad doria (2). A estos respetables nombres se unen otros más secundarios, pero que también tienen su autoridad. Si Esparta, dice *Xenofonte*, una de las ciudades ménos populosas de la Grecia, es, sin embargo, una de las más poderosas y de las más célebres, hay que atribuirlo á la sabi-

(1) HEROD., I, 65, 66.—PLUTARC., *Lycurg.*, 29, 31.

(2) MÜLLER, *Die Dorier*, t. II, p. 181.

duría de Licurgo (1). Polibio dice que creó la mejor forma de gobierno (2). Cuando en el siglo XVIII el espíritu de libertad empezó á agitar á la Francia, los publicistas presentaron de nuevo la república de Licurgo como un modelo, declarando que era imposible elevarse á igual grado de perfeccion. Mably proclamó á Licurgo como el más grande de los hombres: un dios, dice, le dictó sus leyes (3). Este entusiasmo por las cosas lacedemonias provocó una reaccion violenta. Un espíritu atrevido, y hoy demasiado olvidado, tomó la iniciativa de esta oposicion. De Pauw preguntó á título de qué prodigaban los historiadores elogios á los Espartanos, nacion bárbara, puesto que no cultivaban las artes ni las ciencias: «No sabian, dice, más que aguzar puñales y flechas para despojar á todos aquellos que eran más débiles que ellos: bandoleros verdaderamente insaciables, continuaron sus depredaciones durante siglos, sacrificando la justicia á su interes, sustituyendo la perfidia á la fuerza» (4). La reaccion continuó su curso; uno de los historiadores más juiciosos de la Francia, Volney, relegó los pueblos griegos á la escala más baja de la sociedad, y llamó á los Espartanos *los Iroqueses del mundo antiguo* (5).

La imparcialidad histórica de nuestro siglo sabe no dejarse engañar por una admiracion ó un desprecio igualmente excesivos de las cosas antiguas. Comprendemos que la antigüedad, cuyo genio era esencialmente aristocrático, haya visto un ideal en la república de Esparta, tipo de la igualdad aristocrática, única que conocieron los antiguos. Por otra parte, la tendencia democrática de las sociedades modernas explica el desprecio que la sociedad doria inspiró á los pensadores que querian extender la libertad y la igualdad á todos los hombres. Gracias á la doctrina del progreso, podemos hacer justicia á lo pasado, sin dejar por esto de poner nuestro ideal en el porvenir. La república que Platon consi-

(1) XENOPH., *Resp. Laced.*, I, 1.

(2) καλλίστη πολιτεία. POLYB., IV, 81, 12.

(3) MABLY, *Del estudio de la historia*, 3.^a parte, c. 5; *Estudios sobre Focion*, II *Observaciones sobre la historia de la Grecia*, lib. IX.

(4) *Investigaciones filosóficas sobre los Griegos*, 4.^a parte, seccion VII, § 1. *Obras*, t. VII, p. 213 y sig.

(5) *Lecciones de historia*, 6.^a conferencia.

deraba como perfecta, no es, á nuestros ojos, más que un primer germen de la gran ciudad que debe comprender á la humanidad entera (1).

Licurgo estableció entre todos los miembros del Estado la comunidad, la solidaridad más perfecta; la ciudad y los ciudadanos estaban íntimamente unidos, y en esta ciudad reinaba la igualdad y la libertad. Hemos dicho á qué precio gozaban de estos bienes preciosos los conquistadores dorios. Es imposible que una sociedad que tiene por base la esclavitud no sufra la pena de este crimen contra la humanidad. La libertad y la igualdad son también el ideal de los pueblos modernos, pero el cristianismo les ha unido un tercer elemento, la fraternidad. La antigüedad desconocia este sentimiento y la idea de la unidad humana que lo inspira. Por este motivo no ha podido dar á sus ciudadanos la verdadera libertad y la verdadera igualdad. En Esparta el ciudadano absorbe al hombre; los derechos individuales son pisoteados, la naturaleza humana no es desarrollada sino atormentada. Un gran poeta ha apreciado bien este sacrificio de los derechos individuales; todo, dice Schiller (2), puede ser inmolado en interes del Estado, salvo los sagrados derechos del hombre; el Estado mismo no es más que un medio de garantizarlos. El Estado no es el fin, sino el medio en que la humanidad debe cumplir su destino, y esta mision no es otra que el desenvolvimiento de todas las facultades humanas, bajo la ley del progreso. ¿La ciudad de Licurgo está en armonía con este verdadero ideal?

La sociedad es una condicion esencial para que los hombres y los pueblos desenvuelvan las facultades de que el Creador los ha dotado. Esta ley de la humanidad era desconocida en Esparta; Licurgo hizo imposible todo comercio con el extranjero suprimiendo los medios de cambio; prohibió la navegacion á sus ciudadanos (3). La falta de todo comercio exterior, léjos de ser el ideal de los pueblos, como lo han creído algunos filósofos misántropos, es una violacion manifiesta de los designios de Dios. El Creador ha

(1) Véase más arriba, p. 72 á 75.

(2) *Die Gesetzgebung des Lykurgus und Solon*.

(3) PLUTARCH., *Lycurg.*, c. 9; *Instit. Lacon.*, 42.

tenido cuidado de marcar en su obra las leyes que le impone. Ninguna nacion puede bastarse á sí misma, ni aún para las más sencillas necesidades de la vida; la fuerza de las cosas ó la voluntad de Dios hace, pues, necesarias las comunicaciones de los hombres. Esta necesidad es tan irresistible que, á pesar de la moneda de hierro y de la prohibicion de la navegacion, se establecieron relaciones comerciales entre Esparta y el extranjero. Todo lo que pudieron hacer aquellos orgullosos ciudadanos fué abandonar el tráfico á los periecos.

Licurgo prohibió igualmente á los ciudadanos el viajar; temia que trajesen de otros países costumbres contrarias á las suyas; por la misma razon echó de Esparta á los extranjeros (1). El gran legislador habia concebido un ideal que creia no podia ser sobrepasado. *Plutarco* compara la felicidad que experimentó Licurgo, cuando vió á su ciudad marchando segun sus inspiraciones, á la viva alegría que sintió Dios, segun *Platon*, al ver al mundo hacer sus primeros movimientos. Para hacer sus leyes inmortales é inmutables, se condenó voluntariamente á muerte (2). La narracion del escritor griego expresa admirablemente el pensamiento de aquellos que tienen la pretension de dictar leyes perfectas: si realmente lo fuesen, ¿qué cosa mejor habia que hacer que ponerlas al abrigo de toda modificacion? Pero esta opinion es falsa. Supone que un hombre, revelador ó legislador, tiene conciencia de la verdad absoluta y que tiene tambien el poder de realizarla. Ahora bien, Dios sólo conoce la verdad y él solo la realiza. Los hombres, seres imperfectos, no comprenderian la verdad absoluta, aún cuando les fuese comunicada: su mision es buscarla, sin que jamas puedan conocerla en su plenitud. Hay un ideal de organizacion política, como hay un ideal de religion; pero el uno y el otro no existen más que en Dios. Sin embargo, si la imperfeccion es la condicion del hombre, es tambien perfectible; tiene, pues, el poder de aproximarse á este ideal y aún es para él un deber. ¿Qué quiere decir esto? Las constituciones y las religiones tan alabadas como inmutables, son una violacion de las leyes que Dios ha dado al gé-

(1) PLUTARCH., *Lycurg.*, 27; *Instit. lacon.*, 19.

(2) IBID., *Lycurg.*, 29.

nero humano. Si esta pretendida inmutabilidad fuese posible, sería un germen de muerte para los pueblos que vivieran bajo un régimen tan perfecto, porque inmovilizar la vida es matarla.

Licurgo quiso aislar su ciudad modelo. Las teocracias tan poderosas del Oriente tuvieron el mismo fin y fracasaron. ¿Cómo habia de ser posible este aislamiento en el mundo móvil del Occidente? La guerra puso á Esparta en relacion con los demas pueblos de la Grecia. *Plutarco* dice que Licurgo no pensaba hacer de Esparta un pueblo conquistador; que si hizo guerreros á sus ciudadanos, no era para hacerlos injustos, sino para garantizarlos de la injusticia (1). El escritor griego olvida que la constitucion lacedemonia tenia una tendencia hácia la guerra, que conducia necesariamente á la conquista. *Aristóteles* halla en el espíritu exclusivamente guerrero de Esparta el principio de su decadencia (2). *Platon* le hace el mismo cargo, aún cuando la idea de la comunidad realizada en Esparta le haya predispuesto en favor del legislador dorio; dirige á un Espartano estas profundas palabras: «Por vuestra institucion pareceis, más bien que ciudadanos que habitan una ciudad, soldados acampados en una tienda» (3). El filósofo, comparando Esparta á un campamento, da la idea más exacta de la sociedad lacedemonia: los vencedores eran como centinelas que vigilaban sin cesar á los ilotas y periecos, que estaban siempre dispuestos á aprovecharse de la desgracia de sus señores para sacadir un yugo odioso. Para asegurar á 30.000 Espartanos la dominacion sobre 244.000 ilotas y 120.000 periecos, era preciso dar á los primeros una organizacion esencialmente guerrera.

Tal es el fin del sistema de educacion que se atribuye á Licurgo. Solamente debe vivir el niño bien conformado, porque solamente él podrá algun dia llevar las armas. El primer objeto con que se familiarizan sus miradas es una lanza; en cuanto sabe andar se

(1) PLUTARCH., *Lycurg.*, 31; *Comparat. Lycurg. et Num.*, c. 2.

(2) ARIST., *Polit.*, VII, 13, 15: «La guerra, mientras dura, ha sido la salvacion de semejantes estados; pero la victoria les ha sido fatal: como el hierro, han perdido su temple en cuanto han conseguido la paz; y la falta es del legislador que no ha enseñado la paz á su ciudad» (Traduccion de BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE).

(3) PLAT., *De Legg.*, II, 666, E.

le obliga á hacer ejercicios para acostumbrarlo á las fatigas que le esperan. Los juegos de los niños son combates; cuando crecen, estas luchas llegan á ser sangrientas; el valor, llevado hasta la ferocidad y la astucia, son las únicas cualidades que desarrolla esta educacion (1). La poesía no tenía más objeto que inspirar el ardor en los combates. Hacia, dice el biógrafo de Licurgo, el elogio y la apoteosis de los que habian muerto por Esparta, la censura de los que habian mostrado miedo: era, segun las edades, ó la promesa de ser un dia virtuoso ó el glorioso testimonio de serlo ya. *Plutarco* da un ejemplo de esta poesía en accion. El coro de los ancianos entonaba el canto: «Nosotros hemos sido en otro tiempo jóvenes y valientes.» El coro de los jóvenes respondia: «¡Nosotros lo somos todavía, acércate, tú lo verás!» El tercer coro, el de los niños, decia á su vez: «Y nosotros lo seremos algun dia, y aún más valientes todavía» (2). En fin, no habia nada en Esparta, ni aún la religion, pacífica por su esencia, que no tuviese un carácter guerrero. Los Espartanos colocaron una lanza en las manos de todos los dioses y diosas; no concebían á los dioses sino dotados de la virtud por excelencia, la del valor (3).

Así Esparta es un producto de la guerra y está organizada para la guerra. ¿Qué importa despues de esto, que Licurgo haya tenido inclinaciones pacíficas? La fuerza de las cosas triunfó de las intenciones del legislador. En la antigüedad la guerra era general; los Espartanos no podian escapar de esta ley providencial, y tanto ménos, cuanto que, criados en los ejercicios guerreros, la guerra era su vida (4). Bajo este aspecto, la ciudad de Licurgo estaba en una situacion excepcional; los demas pueblos de la Grecia vivian, á la verdad, en un estado de guerra casi permanente; pero la industria, el comercio y la agricultura no estaban proscritos, mientras que el legislador lacedemonio no dejaba más que una sola ocupacion á sus ciudadanos, las armas. Se ha dicho que los Espartanos debían desear la guerra, aunque no fuera más que á fin de li-

(1) PLUTARCH., *Lycurg.*, 25, 26, 28.—XENOPH., *Resp. Laced.*, c. 1-4.

(2) IBID., *Lycurg.*, 21.

(3) IBID., *Instit. lac.*, 28.

(4) IBID., *Compar. Lycurg. et Num.* c. 2.—DIOD. XV, 5.

brarse del fastidio de su monótona existencia (1). A decir verdad, la guerra para ellos, más que una distraccion, era un ideal.

El ingenioso historiador de las tribus dorias nota que solamente los Espartanos, entre los Griegos, consideraban la guerra como un arte, como una representacion plástica en que la fuerza y la agilidad de la juventud se producían en una bella armonía (2), y no como una fuente de riqueza ni como un instrumento de ambicion ó de venganza. El elogio, aunque exagerado, tiene algun fundamento. En ningun pueblo de la antigüedad tiene la guerra un carácter tan poético como en Esparta. Los hombres dan y reciben la muerte por una violencia, digámoslo así, hecha á la naturaleza humana; para los Espartanos el dia del combate era un dia de fiesta. Antes de la batalla, el rey sacrificaba á las Musas, como si se tratase de una lucha en que sólo entrasen el número y la armonía (3). Se hacian sacrificios al Amor, lazo de la fraternidad que ligaba á los combatientes y aseguraba la victoria (4). La disciplina, que de ordinario aumenta de rigor durante la guerra, se relajaba entre los Lacedemonios; sus ejercicios eran más dulces, su género de vida ménos duro en los campos de batalla que en los gimnasios (5). Cuando el ejército estaba colocado en orden de batalla, el rey mandaba á sus soldados que se pusiesen coronas en la cabeza, y á los músicos que tocasen el aire de Castor; él mismo entonaba el canto de guerra, señal del ataque. Los guerreros avanzaban cadenciosamente con paso grave y aire alegre (6). A dar crédito á estos testimonios, los Espartanos no conocieron el furor de los combates; sus guerras, como dice su panegirista alemán, eran más bien duelos (7).

El espíritu militar es la parte bella de Esparta. Iba unido á una noble arrogancia: condenando todo pensamiento de lucro, las instituciones de Licurgo tendían á elevar el alma del Espartano por ci-

(1) HEEREN, *Historische Werke*, t. VII, p. 154.

(2) MÜLLER, *Die Dorier*, t. II, p. 245.

(3) PLUTARCH., *Lycurg.*, 21; *De cohíb. ira*, c. 10.

(4) ATHEN., XIII, 12.—AELIAN., V. H., III, 9.

(5) PLUTARCH., *Lycurg.*, 22.—XENOPH., *Resp. Lac.*, XIII, 9.—HEROD., VII, 208 y 209.

(6) IBID., *Lycurg.*, *ib.*; *De cohíbend. ira*, c. 10.

(7) MÜLLER, *Die Dorier*, t. II, p. 243.

ma de los intereses vulgares. Los Dorios, dueños de la Laconia por derecho de conquista, abandonando á los vencidos el cultivo de la tierra y el ejercicio de las artes mecánicas, consagrados exclusivamente á la profesion de las armas, presentan alguna analogía con la caballería de la Edad Media. Sin embargo, podemos dudar de los sentimientos de humanidad que *Plutarco* (1) atribuye á un pueblo que en las relaciones de la vida privada y en las relaciones internacionales ha demostrado siempre un carácter duro y cruel. Con más razon todavía puede negarse la política pacífica que un historiador moderno atribuye á los Espartanos (2). No pensaban así los antiguos. *Isócrates* dice que estaban animados por una ambicion insaciable; que abusaron de la fuerza para hacer una guerra sin descanso á todas las ciudades del Peloponeso, y las destruyeron todas, excepto Argos (3). El más juicioso de los historiadores griegos, admirador de la constitucion lacedemonia, les echa en cara igualmente la pasion de dominar y una avaricia sin límites (4). La historia confirma estas acusaciones. Apénas Licurgo restableció la paz en la ciudad, cuando ya los Espartanos, cansados del reposo, consultaron al oráculo de Delfos sobre la conquista de la Arcadia. El oráculo respondió: «Tú me pides la Arcadia, tu peticion es excesiva; yo te doy Tegeo para bailar en él, y sus bellas llanuras para medirlas con el cordel.» Los Lacedemonios, provistos de cadenas, marcharon contra los de Tegeo, á quienes consideraban ya como esclavos, tan sólo por el dicho del oráculo; pero fueron vencidos, y los cautivos, cargados con los mismos hierros que habian llevado, fueron obligados á trabajar en las tierras de los de Tegeo. Así se cumplió el oráculo (5).

En vano trató el dios de Delfos de reprimir la ambicion de los Espartanos. ¿Se distinguieron, al ménos en sus guerras, por una política digna del gran legislador? Tampoco en este punto están

(1) PLUTARCH., *Lyc.*, 22; *Apophlegm. lacon.*, *Lyc.*, 31; *Cleom.*, 18; *Agesil.*, 33.

(2) MÜLLER, *Die Dorier*, II, 15, 244.—SCHOEMANN, *Griech. Alterth.*, I, 288 y sig.

(3) ISOCRAT., *Panath.*, § 188: βλέπουσι γὰρ εἰς οὐδὲν ἄλλο πλὴν ὅπως πλείστα τῶν ἀλλοτριῶν κατασκήσουσιν.—C. II, § 46.

(4) POLYB., VI, 48, 8: πρὸς τοὺς ἄλλους Ἕλληνας φιλοτιμησάτους καὶ πλεονεκτικωτάτους καὶ φιλαρχοτάτους.

(5) HEROD., I, 66.

conformes las pretensiones de Esparta con los hechos. *Platon* dice que los Lacedemonios jamas hacían más que una súplica á los dioses: les pedían que les diesen lo justo con lo útil; y á creer al filósofo, los dioses atendieron esta bella súplica, concediéndoles casi siempre la victoria. *Tucidides* no pensaba de este modo; los acusa de mirar más descaradamente que ningun otro pueblo lo agradable como honrado y lo útil como justo (1). Estos sentimientos se desarrollaron con su poder, y bien pronto el derecho internacional de los Espartanos se resumió en aquella célebre máxima, de que consideraban como bienes suyos todos los campos á donde podían alcanzar sus flechas (2).

No harémos de esta política un objeto de acusacion contra la ciudad de Licurgo; Aténas no tenía otra, y la encontramos tambien en todos los pueblos antiguos. Pero la mancha más grande del carácter lacedemonio es la doblez. Los Atenienses se quejaban de que sus rivales pensaban de una manera y hablaban de otra (3); uno de sus poetas expresó con ardientes palabras las inculpaciones que la moral tenía derecho á hacer á Esparta: «¡Oh, los más odiosos al género humano de todos los mortales, exclama *Eurípides*, habitantes de Esparta, conciliábulo de perfidias, reyes de la mentira, fabricantes de fraudes, llenos de pensamientos tortuosos, perversos y falaces, vuestra prosperidad en la Grecia ofende á la justicia! ¿Qué crimen es desconocido entre vosotros? ¿No sois ávidos de vergonzosas ganancias? ¿No se os sorprende siempre diciendo una cosa y pensando otra?» (4) Tenemos en cuenta en estas invectivas las exageraciones de la poesía y los odios nacionales; pero el fondo del pensamiento es la expresion de los sentimientos de la Grecia, y los hechos prueban que desde su origen Esparta empañó su carácter heroico con procedimientos culpables.

Un antecesor de Licurgo, el primer Proclidas, es, en algun modo, el símbolo del genio nacional. Sois, sitiado por los Clitorenenses en un puesto difícil y falto de aguas, consintió en abandonarles las tierras conquistadas por los Espartanos, á condicion de

(1) PLAT., *Alcib.*, II, 148, C. y sig.—THUCYD., V, 105.

(2) CICER., *de Rep.*, III, 9.—Véase más adelante, libro IV, c. 3.

(3) HEROD., IX, 53 (54).

(4) EURIP., *Androm.*, v. 446 y sig.

que le dejasen beber á él y á todos los suyos en la fuente inmediata. Soñó bajo el último de todo el ejército á la fuente y se refrescó simplemente el rostro, tomando como testigos á los enemigos que estaban presentes; retuvo las tierras bajo el pretexto de que no todo el ejército había bebido (1). Es imposible que el sentimiento moral de los Lacedemonios haya sido falseado hasta el punto de creer estas astucias de guerra conformes á la justicia; son más bien la expresion de la doctrina antigua que no reconocia ningun deber respecto al enemigo, porque no existia ningun lazo de derecho entre los pueblos. Se le echaba en cara un perjurio á Cleomenes, y él respondió que los dioses y los hombres consideraban como justo el mal hecho al enemigo por cualquier medio que fuese (2). No habia ni aún lazo de humanidad entre los enemigos; todo lo que el vencedor se permitia era justo. En Esparta, más que en cualquier otra parte, la falta de sentimientos humanos debia ser un vicio general. La educacion, exclusivamente guerrera, no desarrollaba en los niños más que el valor llevado hasta la crueldad (3); el legislador habia desterrado de Esparta las artes y las letras, cuyo más bello privilegio es suavizar las costumbres (4). Semejantes instituciones debian hacer el carácter de los Lacedemonios austero, duro y aún feroz.

La perfidia y la inhumanidad se perpetuaron en Esparta, como todo lo que se referia á las costumbres y á las leyes. Estos defectos del carácter nacional se manifestaron en todas las guerras; enajenaron las simpatías de los Griegos á aquella arrogante ciudad á quien sus virtudes militares llamaban á desempeñar el papel más importante en los asuntos de la Grecia. Esparta conquistó, es verdad, la hegemonía, pero no supo más que vencer y no conservar; la ciudad doria carecia del espíritu cosmopolita que hizo de Roma la señora del mundo. Empleó sus fuerzas en hostilidades estériles. No entraremos en los detalles de estas pequeñas guerras. Una solamente ha llegado á ser célebre por la desgracia

(1) PLUTARCH., *Lycurg.*, 2; *Instit. lacon.*, 25.

(2) IBID., *Apophthegm. lacon. Cleomen.*, III.

(3) PAUSAN., III, 14, 10.

(4) CICER., *pro Archia*, c. 3: «*Omnes artes quibus aetas puerilis ad humanitatem informari solet.*»

de los vencidos: la lucha de Esparta y de Mesenia nos ofrecerá el cuadro del derecho de guerra de los Espartanos, y nos conducirá á la primera hegemonía que ejerció en el Peloponeso y en las guerras médicas.

§ II.—Las guerras mesenias (1).

La primera guerra contra los Mesenios es un testimonio irrecusable del espíritu invasor de la ciudad de Licurgo. Ya entre los antiguos, los pretextos de que se prevalieron los Espartanos, la muerte de su rey, el ultraje hecho á algunas jóvenes de Lacedemonia, han tenido poco crédito; *Polybio* les ha hecho justicia diciendo que codiciaban las ricas campiñas de sus vecinos (2). El juramento, por el cual se comprometieron á no deponer las armas hasta haber reunido á su territorio los campos y las ciudades de la Mesenia, demuestra que el fin de Esparta no era rechazar una injuria, sino añadir á su territorio poco fértil, uno de los países más hermosos de la Grecia (3). Invadieron la Mesenia sin declaracion alguna de guerra. En los límites de los dos países habia una ciudad situada sobre una elevada colina, rodeada de agua, un sitio fácil de defender; pero los habitantes estaban tan léjos de pensar en ser atacados, que las puertas estaban abiertas y no habia ni un solo hombre sobre las armas; los Espartanos entraron en ella de noche, y mataron á todos los mesenios que encontraron, á unos en sus lechos, á otros en los templos y al pié de los altares; pocos escaparon de la carnicería. Así fueron tratados los hombres libres; en cuanto al territorio, los Espartanos no usaron del derecho de guerra habitual; no cortaron los árboles, no incendiaron las casas: y es que consideraban ya á la Mesenia como un dominio de Esparta (4).

Esta primera lucha de la ambicion contra la independencia na-

(1) MANSO, *Esparta*, libro II.

(2) POLYBIO, VI, 49, 1.—C. PAUSAN., IV, 5, 3.

(3) PAUSAN., IV, 5, 8.—JUSTIN., III, 4.

(4) PAUSAN., IV, 5, 9; IV, 7, 1.

cional fué larga y encarnizada; los vencidos no pedían gracia, porque á ser vencedores no la hubieran concedido (1). Después de una guerra de veinte años, los Mesenios sucumbieron; unos se refugiaron en los pueblos vecinos; los que quedaron en sus antiguas moradas fueron tratados como ilotas. Los historiadores hablan de los Mesenios como de un rebaño de esclavos, cargados de cadenas, y tratados á palos. « Los ancianos nada tenían que temer de la muerte, y los jóvenes nada que esperar de la vida (2). Nacido para la libertad, no se acostumbra el hombre á la servidumbre, dice el buen *Rollin*; aún la más dulce le irrita y le subleva; ¿ qué había que esperar, pues, de una esclavitud tan dura como la de los Mesenios? Treinta y nueve años después de la toma de Itome la insurrección de los vencidos dió principio á la segunda guerra mesenia, ilustrada por la figura heroica de Aristómenes. La poesía ha idealizado á este personaje; aún aceptándolo tal como lo pinta Pausanias, este ideal de un guerrero dorio era todavía bastante espantoso. Según una antigua costumbre, el que mataba por su mano cien hombres en un combate ofrecía un sacrificio solemne á Júpiter. Aristómenes fué celebrado por los cantos populares, por haber ofrecido tres veces la horrible *hecatomphonia* (3). Lo que hace la verdadera gloria del héroe mesenio es el haber puesto su valor indomable al servicio de la libertad de su nación. Los esclavos insurreccionados mostraron que merecían ser libres; vencieron á sus señores. Esparta recurrió entonces á un medio poco digno de una ciudad guerrera; el rey de los Arcadios, corrompido por el oro la cedemonio, desertó de las filas de sus aliados, en medio del combate. Ira, el último retiro de los vencidos, cayó igualmente por traición. Gran parte de los vencidos abandonaron el suelo natal y buscaron una nueva patria en lejanas playas; la condición de los que quedaron, agravada por la insurrección, fué más miserable que la de los ilotas, esos párias de la Grecia (4).

Los Mesenios se sometieron pero no olvidaron su antigua inde-

(1) PAUSAN., IV, 8, 7.

(2) « *Servitutis verbera, plerumque et vincula, ceteraque captivitatis mala.* » JUSTIN., III, 5.—BARTHÉLEMY, c. 40, 2.^o elegía.

(3) PAUSAN., IV, 19, 3.

(4) IBID., IV, 23, 1-3.

pendencia. Cuando los ilotas, aprovechándose del temblor de tierra que arruinó á Esparta, se sublevaron contra sus opresores, se unieron á ellos. Esta fué la señal de la tercera guerra mesenia. Un escritor inglés ha pintado con los más negros colores el odio de los esclavos, exaltado por desgracias, que hubieran desarmado á enemigos ménos exasperados; los Ilotas y los Mesenios abandonando sus campos para acabar la obra de destrucción; el furor de los hombres más implacable que los trastornos de la naturaleza física (1). El valor de los insurrectos estuvo á la altura de su sed de venganza. Los Espartanos se vieron obligados, para salvar su ciudad, á hacer un llamamiento á sus aliados y aún á los Atenieses sus enemigos natos. La heroica resistencia de Itome merece ser colocada por la historia al lado de los esclarecidos hechos de Platea y Salamina. ¿ Había de dejar de ser la libertad una causa sagrada, porque fuese reivindicada por los Ilotas? Si la antigüedad aristocrática ha condenado las sublevaciones de los esclavos, á la democracia moderna toca el saludar en ellos á sus hermanos mayores.

La tercera guerra mesenia fué la última tentativa de los vencidos para recobrar su independencia. Gracias á la intervención del dios de Delfos, los defensores de Itome consiguieron la facultad de dejar el Peloponeso; el vencedor, humano á su pesar, les amenazó con la muerte si se atrevían á volver á aparecer en su patria (2). Cuando á su vez Esparta encontró su tumba en Leuctra, Epaminondas, para arruinarla para siempre, llamó á sus irreconciliables enemigos. Dispersos por Italia, por Sicilia, por comarcas todavía más lejanas, los Mesenios acudieron á la voz de Tébas; tal vez animaba más á los proscritos el odio hereditario al nombre espartano que el deseo de volver á ver el suelo natal (3). La nueva Mesenia fué la enemiga constante de Esparta. Aún cuando perdieron su libertad vencedores y vencidos, permanecieron divididos: en las guerras civiles que ensangrentaron el fin de la república romana, los Mesenios tomaron el partido de Antonio,

(1) BULWER, *Athens*, IV, 3, 8.

(2) PAUSAN., IV, 14, 7.

(3) PAUSANIAS., IV, 26, 5; IV, 27, 9, 11.

porque los Lacedemonios combatian bajo las banderas de Octavio (1).

En las guerras mesenias hemos seguido la narracion de *Pausanias*. El sabio historiador de las tribus helénicas considera las tradiciones recogidas por el escritor griego como una novela hostil á Esparta (2). Es probable que las poesías de donde *Pausanias* ha tomado su narracion exaltasen los altos hechos de los héroes de Mesenia, y que los poetas que consolaban á los desterrados fuesen poco favorables á los vencedores. No queremos decidimos por Mesenia contra Lacedemonia; tal vez los Mesenios hubieran sido conquistadores tan implacables como los Espartanos. Pero no por eso son aquellos antiguos cantos una pintura ménos fiel de las costumbres de la Grecia doria; allí aparece Esparta como ha sido siempre despues, valiente pero opresora, y manchando su virtud guerrera por una mezcla de perfidia y de corrupcion.

§ III.—Primera hegemonia de Esparta.

La lucha de Esparta y de Mesenia decidió de la suerte del Peloponeso. Una ciudad solamente pudo disfrutar la supremacia de los Espartanos, Argos, la antigua capital de los Pelópidas; que en los tiempos heroicos habia ejercido una especie de hegemonia; al fin sucumbió. Esparta se aprovechó de su ascendiente para arrojar á los tiranos, órganos de la democracia, y para restablecer el poder de la aristocracia doria. *Plutarco* compara la ciudad de Licurgo á Hércules; el héroe recorrió todo el universo para castigar á los malvados; del mismo modo Esparta destruyó los poderes injustos y las tiranías que oprimian las ciudades. Su imperio

(1) PAUSAN., IV, 31, 1.

(2) MÜLLER, *Die Dorier*, t. I, p. 141 y sig.—MANSO da mas fe á PAUSANIAS. Véase su disertacion: *Ist Pausanias in der Geschichte der messenischen Kriege glaubwürdig?* (Sparta, t. I, *Boylage*, XVIII, p. 264-274).—El historiador inglés THIRLWALL cree igualmente que el fondo de las tradiciones recogidas por el escritor griego es histórico (*Geschichte Griechenlands*, t. I, p. 365).—GROTE (*History of Greece*, t. II, p. 567 y sig.) sigue la opinion de MÜLLER.

estaba tan bien establecido que no tenía necesidad más que de enviar un embajador; se obedecian sus mandatos sin que tuviese que poner en movimiento un escudo (1). La ciudad de Licurgo era reconocida como la primera de la Grecia, no solamente por los Griegos del continente, sino aún por los extranjeros. Cuando el oráculo aconsejó á Creso que hiciese alianza con los estados más poderosos, el rey de los Lidios se dirigió á los Espartanos, como al primer pueblo de la Grecia (2). Puestos en aprieto por Ciro los Griegos de Asia, pidieron el apoyo de Esparta, á pesar de estar ligados con Atenas por la comunidad de origen; y cuando Aristágoras pensó en sublevar la Jonia, buscó la alianza de Esparta ántes de presentarse en Atenas (3). A dar crédito á *Herodoto*, el renombre del poder lacedemonio penetró aún entre los Bárbaros; los Escitas, queriendo vengarse de la invasion de Darío, enviaron embajadores á Esparta para contraer alianza con los Lacedemonios (4).

¿Deberémos atribuir con *Plutarco* la influencia de Esparta á la fuerza de sus instituciones y á su justicia? Así lo ha creído *Mably* (5); confiesa que Esparta conservó por los medios ordinarios de la ambicion el imperio que la sabiduría le habia conquistado, pero ve en esto una prueba de la debilidad humana: «Sin duda, dice, no puede haber virtud pura entre los hombres, puesto que no lo fué la de los Espartanos.» Los hechos distan mucho de este ideal. La guerra contra Tegeo emprendida por tedio, la conquista sangrienta é injusta de la Mesenia, las hostilidades contra Argos, mezcladas de perfidias y crueldades, tal fué el pedestal del poder lacedemonio. El instrumento más eficaz de su grandeza no fué su justicia, sino su virtud guerrera. Hasta la batalla de Leuctra fueron considerados los Espartanos como invencibles; los pueblos griegos se creian seguros de la victoria cuando tenian un general

(1) PLUTARCH., *Lycurg.*, 30.

(2) HEROD., I, 69: ὑμεῖς γὰρ πυνθάνομαι προσεσθάναι τῆς Ἑλλάδος.

(3) IBID., V, 49.

(4) IBID., VI, 84.

(5) PLUTARCH., *Lycurg.*, 30.—MABLY, *Estudios sobre Focion*, IV; *Observaciones sobre la historia de la Grecia*, libro I.